

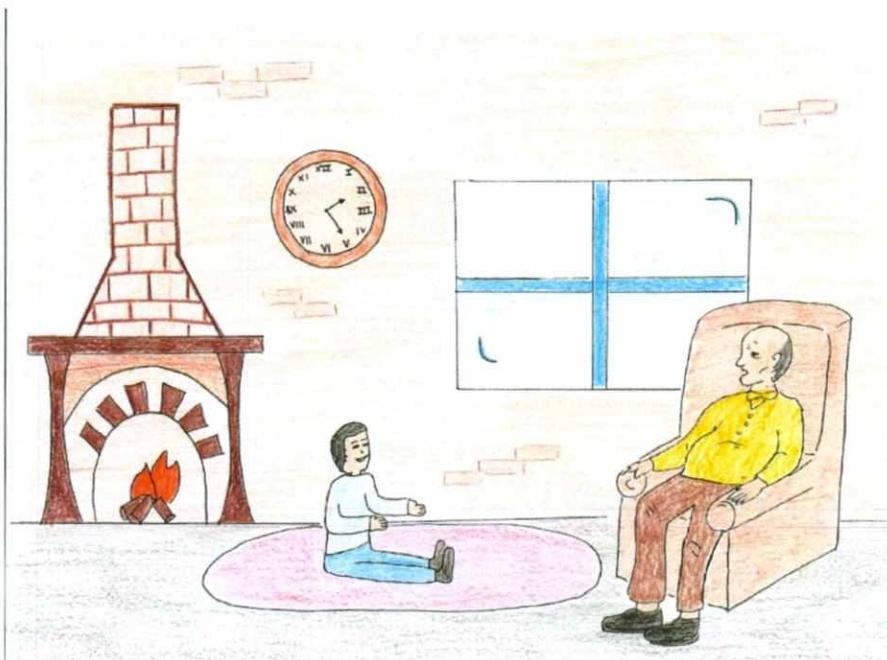
Una vida junto al Alzheimer

Soy Manuel, un niño de 10 años que vive en Salamanca. Como a muchas familias en todo el mundo, les toca pasar por un momento tan difícil al saber que alguno de tus familiares o amigos más cercanos le detectan Alzheimer; en este caso a mi abuelo. Se lo detectaron hace tres años, y por desgracia al ya no está presente aquí con nosotros, pero siempre lo tendremos en la memoria y sabremos que él estará bien donde esté. Pero para que veáis lo duro que es pasar por esto, os contaré su historia desde momento antes de saber que tenía Alzheimer hasta sus últimos días.

Como cualquier día normal, mi abuelo me esperaba a la salida del colegio para ir a comer a su casa ya que mis padres trabajaban a esa hora y no se podían hacer cargo de mí. Por el camino siempre cantábamos alguna canción para pasar un rato divertido, o si no nos contábamos como había sido nuestra mañana, en mi caso le contaba todo lo que había aprendido ese día o si había hecho algún amigo nuevo.

Al llegar a casa mi abuela siempre tenía preparada la comida para que no tuviera que esperar tiempo. ¡La comida de mi abuela era las más ricas del mundo!

Una vez terminábamos de comer, siempre me ponía a jugar con mi abuelo. Él se sentaba siempre en su sillón, y yo me sentaba en la alfombra, para mí era mucho mas cómodo y divertido sentarme en ella. ¡Era tan suave! Pasábamos momentos muy divertidos y en ocasiones me sentaba encima de sus rodillas y me contaba sus historias de cuando era pequeño o cuentos que le habían enseñado sus padres o incluso sus abuelos.



Después de pasar la tarde con ellos, mis padres me venían a recoger, para mí, el peor momento del día porque siempre me lo pasaba genial con ellos, y quería pasar todo el tiempo posible a su lado, pero también me encantaba estar acompañado de mis padres, ya que con ellos también me lo pasaba muy bien.

Llegábamos a casa y me ponía a hacer mis deberes en compañía de mi madre, que ella siempre me ayudaba en mis dudas.

Al final del día, cenábamos todos juntos y me echaba en la cama, esperando con impaciencia que llegara el próximo día para ver a mi abuelo otra vez... Pero aquel día no iba a ser como un día normal...

Después de salir del colegio, encontré a mi abuelo un poco mareado. Al principio me preocupé un poco, pero al cabo de un minuto ya lo notaba igual que siempre... Pero no, no sería así.

Lo veía desorientado, pasamos tres veces por la misma calle, se perdía con facilidad, no sabía hacia dónde dirigirse, hasta que después de una hora llegamos por fin a su casa. Yo le pregunté a mi abuela por lo que había pasado y mi abuela un poco asustada y disgustada me dijo que no pasaba nada, un día malo del abuelo.

Aunque mi abuela me había dicho eso, yo me quede pensando toda la tarde en que podría pasarle.

Pasó toda la tarde callado, sin apenas hablar y adormilado. Estaba muy preocupado.

Al llegar a casa se lo dije a mis padres, pero ellos me respondieron como mi abuela: "no te preocupes, un día malo lo tiene cualquiera, se le pasará".

Los siguientes días, transcurrieron de una manera muy extraña, me iba a buscar a mi madre a la salida del colegio, no sabía nada de mi abuelo, no respondían a mis preguntas, siempre me decían: "no Manuel, no le pasa nada". Pero yo seguía muy inquieto, sin ver a mi abuelo, hacía ya una semana que no lo veía y la verdad es que cada vez estaba más angustiado.

Al cabo de tres días mi padre me confesó que lo habían llevado al hospital y que tenía una enfermedad de poca gravedad. Al instante en el que me lo dijo me puse muy contento, pero a la vez seguía pensativo ya que para ser de poca gravedad mi familia estaba muy asustada.

Al día siguiente cuando llegué al colegio, le pregunté a mi profesora qué era el Alzheimer, y allí me lo explicó todo. Me di cuenta de que no era tan buena como decían, que ibas perdiendo la memoria hasta no saber quién era tu propia familia.

Llegué a casa y se lo conté todo a mis padres. Ellos me lo contaron todo, y esa misma tarde fuimos a visitarlo.

Habían pasado ya tres meses de aquel día tan duro. Apenas me conocía y mi familia decidió llevarlo a una residencia especializada para que lo pudieran cuidar mucho mejor y atender sus necesidades en cualquier momento.

Estaba muy triste, pero sabía que allí lo iban a cuidar mejor y que podría ir a verlo cuando quisiera.

Cuando llegamos a la residencia, conocimos a María, la cuidadora de mi abuelo. Cada paciente tenía su propia enfermera.

Era su primer día, pero nos recibió con los brazos abiertos a pesar de estar muy nerviosa. Nos enseñó todas las instalaciones de la residencia, nos contó que haría cada día, los métodos que utilizaban, los niveles de la enfermedad.

Llegamos a su habitación, era muy acogedora. Compartía habitación con otro señor muy majo y simpático.

Después de todo esto nos despedimos de mi abuelo, pero nada más hacer esto, le entró un arrebató, empezó a pegar a María, a mi madre, daba patadas y puñetazos en las paredes. ¿Qué estaba pasando? No entendía nada. Solo me dijeron que saliera, era normal.



Ya en casa, echado en la cama, seguía pensando en lo que había pasado durante el día y cómo estaría mi abuelo allí.

Todos los domingos íbamos a visitarlo. Cada día lo veía peor. María nos contaba cómo había pasado la semana. Nos contó que una noche al irse a dormir, se fue al baño y se echó en la bañera pensando que era la cama. A mí me confundía con su padre y ya apenas caminaba. Esto era muy duro para mí, no soportaba verlo de ese modo.

Un día al salir de clase fuimos a visitarlo. Mi padre había recibido una llamada de la residencia en la que decían que mi abuelo se encontraba muy mal, que podían ser sus últimas horas de vida.

No podía creérmelo, era una mentira... pero al llegar se confirmó lo peor que podía pasar, se iba a morir.

Estaba echado en su cama sin articular casi una palabra, con los ojos medio cerrados. Toda la familia estaba allí para poder despedirle.

Me cogió la mano y me dijo.

“Manuel, te quiero”

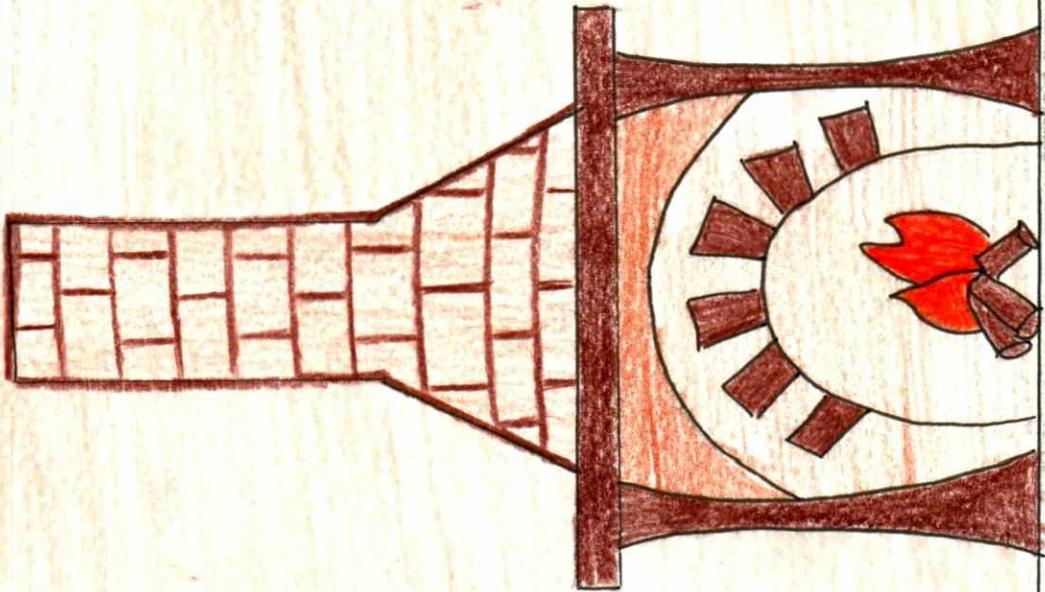
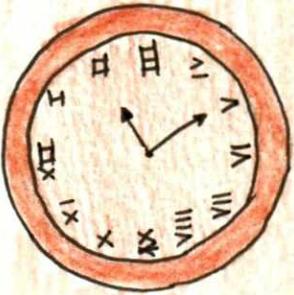
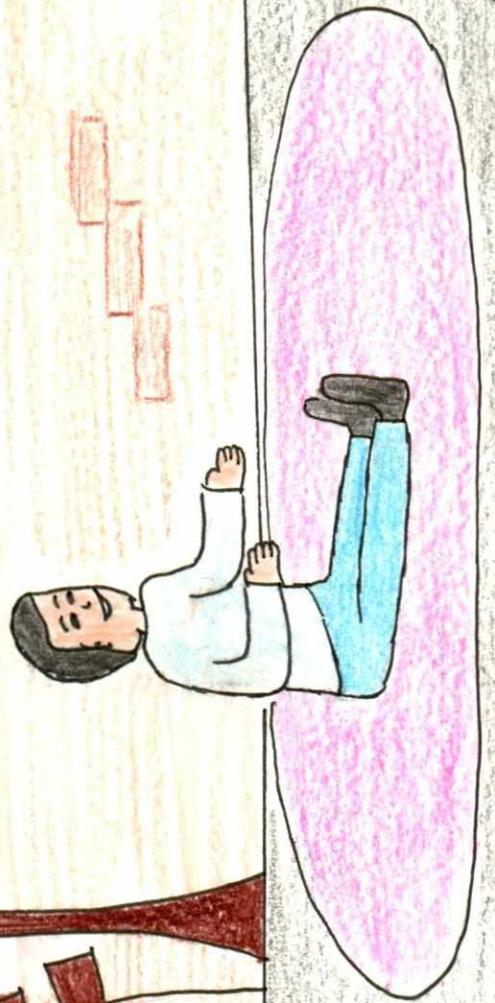
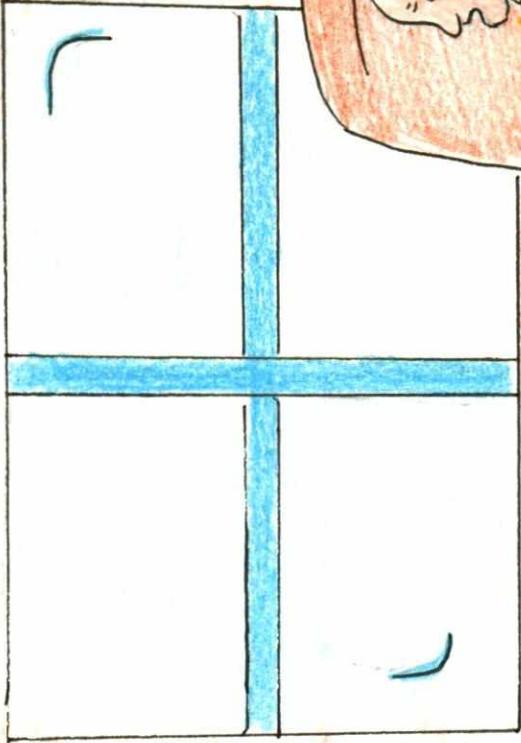
En ese momento, dibujó una sonrisa y se murió.

Para mí el peor momento de mi vida. Se había ido mi amigo, mi compañero de juegos, mi todo. Toda mi vida junto a él recorrió mi cabeza. Siempre se me quedarían guardadas sus últimas palabras, sé que murió feliz acompañado de los suyos.

Desde entonces, todas las noches sueño con él, mis momentos a su lado, y sobre todo, lo que él estaría haciendo justo en ese instante en el lugar donde estuviera, pero siempre con una sonrisa en la boca como él siempre me decía: “A PESAR DE TODO, SE FELIZ”.

TE ECHO DE MENOS ABUELO, SIEMPRE ESTARÁS EN MI CORAZÓN.







RESIDENCIA

